CAPITULO XXII.

LAGO DE TIBERIADES, CAFARNAUM, TIBERIADES, MONTE DE LA MULTIPLICACION DE LOS PANES Y PECES, MONTAÑA DE LAS BIENAVENTURANZAS, CANA.

El lago de Tiberiades está en una llanura; el rio Jordan le atraviesa sin confundirse con él, para luego seguir su magestuosa marcha hasta perderse en el mar Muerto. Algunos escritores pretenden que el rio Jordan es el que ha formado y entretiene este lago.

Este lago ofrece uno de los mas imponentes espectáculos de la Tierra Santa. Para quien conserve algunas nociones de la historia sagrada, su vista le aviva recuerdos tan multiplicados y tan grandes, que la imaginacion se encuentra como sitiada y fuertemente conmovida. Aun dejando aparte los hechos maravillosos que tienen vinculados, no deja de producir una fuerte impresion la hermosura de su sitio. Si es lícito hablar así, es una miniatura del lago de Ginebra; pero miniatura tanto mas preciosa, en cuanto el pais no tiene manantiales, ni casi pozos.

Nosotros le descubrimos desde lo alto de una montaña; la bajada que termina al Jordan es larga y rápida: mientras la estábamos bajando, cada uno referia los milagrosos acontecimientos que le han hecho tan célebre, y llegados allí, unos se bañaron, otros sacaban agua y llenaban con ella botellas, otros recogian peladillas, otros con el lapicero en la mano dibujaban el punto de vista. Yo fuí á descansar un rato debajo el arco roto de un puente, despues de haber bebido un poco de agua, y queria echarme al rio, á pesar de mi indisposicion, si no me lo hubieran impedido.

Siguiendo despues nuestro camino, nos dirigimos hácia el lago Tiberiades. No tardamos mucho en llegar á sus orillas que seguimos durante tres leguas.

Este lago, al que los hebreos llaman tambien estanque y mar, como á todas las reuniones de agua un poco considerables, tenia por nombre primeramente *lago de Cenereth*, de *Genezaret*, ó de *Genesar*, denominaciones que, si bien son diferentes, en realidad no designan mas que una sola ciudad, un solo y único pais al estremo meridional. Llámasele aún *mar de Galilea* porque de parte del Norte y Oriente, estaba dentro los límites de esta provincia. No tomó el nombre de *Tiberiades* hasta que Herodes hizo edificar esta ciudad sobre el sitio que segun se dice ocupaba Genezaret, en honor de Tiberio, cuando la elevacion de este príncipe al imperio.

"El agua del lago de Genezaret, dice Josefo el historiador, es muy buena pa-
" ra beber, y con facilidad se saca, porque su playa se compone de un casquijo
" suave; es de tal manera fria, que jamas pierde su frialdad, ni aun cuando los
" del pais la pongan al sol para calentarla segun costumbre, aun en los mayores
" calores del verano. Son muchos y tan variados los peces que se hallan aquí,
" como que en ninguna otra parte se encuentran....

"La tierra que circuye el lago, añade, sin variar de nombre, es admirable " por su belleza y fecundidad. No se conocen plantas que no puedan aclima- " tarse en este pais, ni nada que el arte y trabajo de sus habitantes no convierta " en ventaja propia. El aire es tan templado que se acomoda á toda especie " de producciones. Se ven muchos nogales, sin embargo de ser árboles de pai- " ses frios; los que necesitan mas calor como las palmeras; los de un clima tem- " plado como higueras y olivos; de suerte que cada uno en su clase halla lo que " necesita; pareciendo que la naturaleza, por un efecto de predileccion hácia " este pais, se complace en juntar estremos opuestos, y que por una agradable " rivalidad, todas las estaciones favorecen á competencia este delicioso territo- " rio; porque no solo produce estos esquisitos frutos, sino que les conserva tan " largo tiempo, que durante diez meses se comen uvas, higos y otros todo el " año.[1]"

Así sucedia en tiempo de Josefo, es decir, poco despues que Vespasiano hubiese derrotado á los judíos en un combate naval sobre el mismo lago. Desde entonces puede que no haya pais, que por lo que depende de los cuidados y trabajo del hombre, haya sufrido un cambio mas estraordinario. La naturaleza no hay duda que es la misma; pero la opresion en que gimen sus habitantes, y entero descuido de la cultura, en muchas partes le dan todas las apariencias de esterilidad.

Los montes que le rodean, sin árboles ni verdor, presentan todavía puntos de vista, hermosos sí, pero tristes y silvestres. Apenas quedan algunas miserables ruinas de las ciudades y villas tan pobladas como florecientes que hermoseaban las orillas del lago. (1)

En vano se busca en el Occidente esta Cafarnaum tan opulenta y feliz, que por lo interesante de su posicion, no menos que por su prosperidad, mereció un nombre que los intérpretes traducen *Campo de consuelo ó de alegría.* Esta Cafarnaum que Jesus llamaba su ciudad, que inútilmente favoreció con tantos y tan señalados prodigios, conserva solo por única señal de su antiguo esplendor, ruinas, trozos de chapiteles, fragmentos de columnas. Se conoce que la ira de Dios ha pasado sobre ella, y que se ha cumplido el anatema.

¿Y tú, Cafarnaum, por ventura te alzarás hasta el cielo? hasta el infierno descenderás. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios que han sido cumplidos en tí, tal vez hubieran durado hasta el dia. (Math., XI, 23.) (2).

Gerasa ó Gergesa, en otro tiempo habitada por los judíos, griegos y sirios, y destruida por el ejército de Vespasiano; Magedon, arruinada por los romanos; Betsaida y Corozain malditas por el Salvador, no son mas que montones de piedras ó miserables casuchas habitadas por los árabes.

Al lado opuesto del lago existen todavía algunas cuevas abiertas en la piedra. Son los antiguos sepulcros de que habla la Escritura.

Y al salir Jesus de la barca, vino luego á él de los sepulcros un hombre con un espíritu inmundo,

Y de dia y de noche estaba continuamente en los sepulcros y en los montes, dando gritos, é hiriéndose con piedras.

Y cuando vió á Jesus de lejos, fué corriendo y le adoró,

Y clamando á voz en grito, dijo: ¿Qué tengo yo contigo, Jesus Hijo de Dios Altísimo? te conjuro por Dios, que no me atormentes.

Porque le decia: Sal del hombre, espíritu inmundo. (*Marc. v.* 2, 5—8.)

1 Josefo, *Guerra de los Judios*, lib. III, cap. 35.

Aunque hace diez y nueve siglos que como se ha dicho, le falten á este lago las ciudades, villas é interesantes casas que le hermoseaban, y á pesar de la aridez de las montañas que le circunvalan; sin embargo, aun hoy dia presenta una vista deliciosa. Bordadas sus orillas con adelfas, que inclinan sus frondosas y floridas ramas sobre la superficie de las olas cristalinas, presenta la interesante imágen de un espejo inmenso, dentro de una guirnalda de verdor y flores.

Borróseme rápidamente esta agradable impresion á la memoria de los acontecimientos de que fué teatro este lago. En él es donde á los 2 de Julio de 1187 se dió una batalla, la mas sangrienta y funesta para la cristiandad de cuantas nos trasmite la historia del Oriente. Los soldados de Saladino desde lo mas encumbrado de estos montes, se precipitaban con la impetuosidad de un torrente sobre el ejército cristiano atraido á esta llanura. Aquí fué donde despues de haber luchado dos dias enteros contra las fuerzas infieles, acosado del hambre, sed y de todas las necesidades, fué hecho pedazos este ejército y perdió los frutos de tantas hazañas, que hasta entonces habian asegurado y conservado sus conquistas. Aquí sufrió todos los males, con todos los oprobios, el hierro, el fuego, la pérdida de la verdadera Cruz, la carnicería de los mas valientes guerreros, la cautividad de su rey; y para colmo de la desgracia, si debe darse crédito á muchas de las crónicas contemporáneas, una de las principales causas de este desastre le ocasionó la perfidia y traicion de uno de sus capitanes, con quien debia con mucha razon contarse. "Estos campos fueron cubiertos de cadáve- " res de cristianos, sus surcos regados con la sangre de estas víctimas que cor- " ria como la lluvia, dice el mismo Saladino, sus miembros esparcidos, sus hue- " sos descarnados, quedaron cerca de un año sobre la tierra sin sepultura, ates- " tiguando á un tiempo el triunfo y la ferocidad del vencedor."

Siguiendo la playa llegamos á Tiberiades, de la cual toma el nombre la batalla que acaba de recordarse.

Tiene toda la apariencia de una fortaleza á causa de sus murallas flanqueadas con torres que bañan las aguas del lago: pero á medida que nos acercamos conocimos que estas murallas no resistirian el primer tiro de cañon: un solo soldado estaba sentado en la puerta de la ciudad.... Pero no estuvimos dentro de ella ni media hora con motivo de habérsenos dicho que se habia manifestado el cólera.... Fuimos á establecernos en un campo, á tiro de cañon de la muralla, poniéndonos incomunicados, y lavando con agua todas las provisiones que se nos traian. Como todavía fuese temprano, no tardamos en tener muchas visitas; pero los centinelas, fieles á la órden que les habia dado, hacian que se detuvieran á ocho ó diez pasos de nosotros. Entre los que vinieron habia muchos judíos, los cuales con grande sorpresa mia hablaban perfectamente el aleman sin haber estado nunca en Alemania: tuve un gusto en hablar con ellos. Ignoraba que los dos tercios de la poblacion de Tiberiades se compusiera de esta nacion, ni que tuviesen hábiles profesores para enseñarles nuestra lengua. Si ha de dárseles crédito, una buena parte de ellos, descienden de familias que existian en el mismo lugar en tiempo de Jesucristo. Lo que no tiene duda es, que su sinagoga es tenida por la primera del Oriente, y que sus rabinos pasan por muy instruidos. Sus correligionarios extrangeros acuden á esta ciudad á impulsos de los sentimientos de devocion, que atrae á muchos á Jerusalen. Una muy válida tradicion entre ellos les asegura que el Cristo vendrá de Cafarnaum á Tiberiades. Ellos le aguardan; y refiriéndome á lo que se me ha dicho, algunos de los mas celosos están alternativamente de vigilancia en uno de los puntos mas elevados, y que desde allí, fijando constantemente la vista sobre las ruinas de la ciudad, de la cual debe venir el Mesías, hacen centinela á fin de ser los prime-

ros en anunciar tan feliz acontecimiento. A propósito de esta espera se me ha informado, que un chulo, aprovechándose de la noche, habia guarnecido con lamparillas una mala barca que se hallaba en la orilla del rio, y á bastante distancia, de modo que habiéndola hecho adelantar hácia la ciudad, puso en movimiento á todos los judíos para ir al encuentro del *Deseado de las naciones*. Se me añadió que el tumulto fué grande, hasta el momento en que la ilusion cedió á la triste realidad. Esta es la historia de los *palos flotantes*.

Con mucho sentimiento mio me ví obligado á renunciar á la vista de Tiberiades. Sabia que Herodes Agripa la habia convertido en una grande y hermosa ciudad, que á puro de inmunidades y privilegios, distribuyendo tierras y dando casas, habia conseguido atraer muchos de los vecinos de la Galilea, no menos que extrangeros; y que de todo esto no queda mas que una miserable poblacion de unos cuatro mil habitantes, y ruinas esparcidas por una y otra parte.

Pero ¡cuánto hubiera deseado ver estas ruinas, y sobre todo las de los monumentos destinados á recordar los milagrosos hechos de la Historia evangélica! Y aun cuando no hubiese podido ver mas que la iglesia de San Pedro, edificada por Santa Elena [1] sobre el sitio de la casa en que fué curada por Jesucristo la suegra de este apóstol, y donde este mismo tuvo la dicha, segun la tradicion, de ver al Salvador resucitado, hubieran quedado satisfechos mis deseos. (3)

Otro sentimiento para mí no menos vivo, fué el de no poder llevar á efecto el proyecto que habia formado de atravesar el lago por el mismo parage y en la misma direccion que habia seguido la barca en que estaba Jesus con sus discípulos, cuando con su omnipotente palabra mandó á las olas, calmó la tempestad, ó enviaba á millares los peces dentro de las redes de sus apóstoles. La costumbre que he tomado desde mi llegada á la Palestina, de no separarme de las huellas, de los pasos del Salvador mi Maestro, de hallarme en los mismos lugares en que pueda decirme que él se habia encontrado, de recorrer los mismos senderos, de pasar los mismos torrentes, era una de mis principales satisfacciones, sentia que los prodigios de su infinita bondad, se grababan mas profundamente en mi alma, y que mi corazon estaba mas fuertemente conmovido y mas penetrado: que mis pensamientos y mis afectos resultaban menos indignos de él; y que perdia aquí una ocasion que tal vez no se me presentará jamas.

Esta dolorosa idea, la peste, cuyos estragos temia, los recuerdos del dia, mis indisposiciones, menos bastaba para que no hubiese podido cerrar los ojos, y así es que no pude dormirme.

A media noche, como habiamos convenido, emprendimos la marcha. Los primeros rayos de la luna plateaban toda la playa. Por intervalos me volvia y me paraba para contemplar el lago, la ciudad, sus inmediaciones, que distinguia con tanta claridad como si fuera de dia, y me ofrecia una perspectiva mas sosegada y agradable. Era preciso un esfuerzo para separar de allí mi vista. Durante este tiempo, la caravana adelantaba, y no viéndola ya sino como un objeto que se va á perder por la distancia, me veia forzado á superar las dificultades de los caminos para alcanzarla, dando un galope.

Despues de dos horas nos hallamos en el desierto en que Jesus alimentó milagrosamente la multitud que le seguia.

Y habiendo mandado á la gente que se recostase sobre el heno, tomó los cinco panes, y alzando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y los dió á los discípulos, y los discípulos a las gentes.

Y comieron todos, y se saciaron. Y alzaron las sobras, resultando doce cestos llenos de pedazos.

Y el número de los que comieron fué de cinco mil hombres, sin contar mugeres y niños. (*Matth. XIV*, 19-21. (4)

1 Algunos escritores atribuyen á Tancredo, rey de Sicilia y gobernador de la Judea en tiempo de Godofredo, el honor de la construccion de esta iglesia. Otros, y segun todas las apariencias, con mucha mas razon, aseguran que Tancredo no hizo mas que restaurar el edificio construido por Santa Elena.

Nos apeamos para examinar este sitio á nuestro placer. Algunos tomaron piedrecitas como para recuerdo.

Desde allí volvimos á la derecha para ir al monte de las *Bienaventuranzas*. Así es llamada una colina aislada y bastante alta, en cuya cumbre, habiéndose sentado Jesus, dirigió á sus apóstoles este admirable sermon por el cual les enseñó, y por ellos á cuantos quisieran ser sus discípulos, la divina doctrina sobre la felicidad: doctrina hasta entonces desconocida en el mundo, y en la que la filosofía no habia pensado antes de su publicacion, que constantemente ha combatido despues, y que á su pesar su práctica sobre la tierra ha formado de edad en edad los únicos dichosos que jamas haya habido.

La montaña de las *Bienaventuranzas* se llama tambien por algunos montaña de Jesucristo, porque este divino Salvador se retiraba frecuentemente á ella para orar; y aun de los apóstoles, á causa de que allí escogió á los que queria enviar á las naciones para anunciarlas su ley.

La altura de la yerba nos detuvo cuando llegamos al pié de la montaña: era tan elevada que llegaba á la cabeza de nuestros caballos, y tan espesa, que obstruia el paso. Nuestros genizaros se vieron forzados á segarla con sus sables para abrirnos camino.

Aunque con mucho trabajo, por fin llegamos á la cumbre. Me eché en seguida de rodillas, y olvidando por algunos momentos á los que estaban cerca de mí, no atendia mas que á los sentimientos que me inspiraba este lugar. Aquí es donde estaba sentado mi Señor Jesus. Allí estaban los apóstoles. Allá sus discípulos. Acullá el pueblo que le escuchaba.... Sí, desde aquí decia el Maestro de la verdadera sabiduría:

Bienaventurados los pobres de espíritu....
Bienaventurados los mansos....
Bienaventurados los que lloran....
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia....
Bienaventurados los misericordiosos....
Bienaventurados los pacíficos....
Bienaventurados los limpios de corazon....
Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia....

Parecíame que me decia á mí en particular:

Sois felices cuando los hombres os maldicen y persiguen, y dicen mal de vosotros, por causa de mí; complaceos, y llenaos de alegría. (*Matth. V*, 3-11.)

Puedo asegurar que la mia era extraordinaria, y la impresion de la presencia del divino Maestro y discípulos en el mismo lugar, tan viva, que no hubiera estado mas afectado, si quedara allí grabado por ellos mismos sobre la piedra un testimonio irrecusable.

Incorporado á mis compañeros de viage, que por su parte habian notado unas conmociones que estaban distantes de esperar, admiraba con ellos lo delicioso de la llanura que circuye la montaña. Arrancamos algunos fragmentos de la roca para unirlos á los recuerdos que habiamos tomado en otra parte, y nos fuimos.... (5)

El pais que recorriamos, era notable por su fertilidad: en todas partes la ve-